

LIZBETH  
PADILLA

La rueda inmóvil  
de la ermitaña

LETRAS | POESÍA





La rueca inmóvil de la ermitaña

Lizbeth Padilla fue seleccionada con el presente libro, como ganadora, dentro del género poesía, de la Convocatoria para Publicación de Obra Literaria en 2020, emitida por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y Turismo.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

LIZBETH PADILLA

La rueda inmóvil  
de la ermitaña



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*La ruca inmóvil de la ermitaña*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Elizabeth Padilla Velázquez

ISBN: 978-607-490-323-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/37/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Pues sólo somos la corteza y la hoja.  
Y la gran muerte que cada uno lleva en sí  
es el fruto en torno al cual todo gravita.

RAINER MARIA RILKE

*A los pueblos del Medio Oriente*





## *Liminar*

A la mitad del trayecto entre Bagdad y la costa del Golfo Pérsico se encuentra Ur de Caldea. Esta antiquísima ciudad surgió de un desierto árido y fue la tierra natal de Abraham, el patriarca hebreo.

En 1922, una expedición patrocinada por el Museo Británico y el Museo de la Ciudad de Pennsylvania descubrió en Ur una serie de tumbas reales que pertenecieron a la Primera Dinastía, hace aproximadamente 3 100 años a. de C.

En la sepultura de la reina Shub-ad se encontraron los cadáveres de diez mujeres, colocados en dos hileras. Al final de la fila, estaban los restos de un arpa maravillosa: la pieza vertical de madera seguía coronada por un adorno de oro y todavía tenía incrustados los clavos con cabezas de oro, donde se ataban las cuerdas. Shub-ad tenía una copa de oro cerca de la mano.

Después de cavar un inmenso pozo, bajo el nivel profundo de las tumbas reales, la expedición encontró un lecho de arcilla que indicaba que ésta había sido depositada ahí por el agua. Ese lecho de arcilla representaba una interrupción en la continuidad de la historia, porque sólo podía ser resultado de una inundación. Y, aunque en Mesopotamia las inundaciones eran frecuentes, a los arqueólogos les pareció que dos metros y medio de sedimen-

tos significaban que la ocurrida hace más de cinco mil años debió de ser de una magnitud sin precedentes. Ese acontecimiento, podemos inferir, correspondía al Diluvio narrado por los sumerios y los hebreos.

A mediados del siglo v a. de C., Ur de los caldeos cayó en el olvido y los antiguos reyes y reinas se deshicieron en el polvo del desierto.

# CÁUSTICA URDIMBRE



Navegaré muy lento en el silencio: pátina suave en mi piel.

No quiero protegerme del aguijón de las estrellas  
ni alejarme del esférico perfume de las dalias.

Cuando dicen que nada es para siempre  
me niego a morir  
y me ocupo en inútiles tareas:  
delineo mis ojos,  
cambio el polvo de lugar,  
hilo en la rueca.

Gasté mi tiempo en pequeñas rutinas  
y dormité bajo el ala de las tardes  
acariciando gatos para erizarme de paz.

Aún soy respiración de asno,  
fuelle que alimenta una lumbre divina,  
ventisca explorando sotos de cañas.

Bajo la celosía de oraciones,  
dentro de mi corazón de ágata,  
detrás de las estatuas donde anidan las sombras  
un mal presagio.

La profecía flota en el aire que husmean los leones.  
El mal augurio se adhiere a la amorosa lama de los besos.

Nada peor que el silencio que precede al desastre  
aun cuando de niños le calzamos sus blancas zapatillas  
y peinamos sus rizos o encalamos sus huesos.

Este silencio  
con su perfil de momia,  
manos de ónix,  
incisivos que tascan pesadillas  
se parece a Indugud,  
ave terrible de mi diosa Inanna.

De la Constelación de la Serpiente se desprenden señales  
inequívocas.

Pintamos papiros funerarios  
para encallar en los mapas celestes de los antepasados  
mientras la guerra toma como rehén nuestros silencios.



¿Para qué atesorar collares de ágata,  
cuentas de cornalina y pendientes de cuarzo?  
¿Cómo ser enterrada con mi copa de oro, amuletos de lapislázuli,  
largos aretes de medias lunas,  
tocado de guirnaldas y hojas de sauce  
si pronto seré polvo?

Debo convertir en ñandú fatuas riquezas,  
abandonar el ventisquero  
donde la voz de mi madre pudrió brillantes frutos,  
limar los alfileres que punzan las burbujas del sueño,  
amueblar los espacios vacíos que heredé.

Y cuando fluya ligera como lobina  
y deshabite el nido pétreo de mis padres  
seré urdimbre de fuga y esqueleto de pájaro  
en el cielo quemado de la ciudad de Ur de los caldeos.

La noche libera jaulas,  
cuernos de guerra,  
celajes rojo sangre.

Llega el día.  
Palpo la rueda con mis largas antenas.

Se acaban los caminos.

Vuelvo *mis rostros* hacia las horas diáfanas del amanecer  
donde el arpa de paz temple las dunas.

Hoy los gatos han vuelto a vestirse de leche.

Muerdo panes sin levadura  
y mi piramidal insomnio es visitado por los quebrantahuesos.

Me leyeron la mano y se reunió el rompecabezas.

Ahora sé que escribir nuestra historia en palimpsestos  
es reiniciar un juego,  
purificarnos en cascadas de oro,  
lastimar la luz de nuestros muertos.

Sé benévola con tu enemigo  
como con un horno viejo.

PROVERBIO SUMERIO

### Debo librarme de los remordimientos

que me hacen tropezar con las raíces antiguas de los muertos.

En las entrañas de los búfalos se podía leer el saqueo y el estupro.

Y no hicimos nada

para minar el alba de nuestros enemigos.

Los muertos

siembran en mi reposo huevecillos de hormigas de alas negras.

Si ha de venir la lluvia que sea ya,

porque mis ojos ennegrecen paisajes

y alrededor de los cadáveres

la niebla impide atisbar lo que se ama.

Me volví fuente de zarza y yedra  
cuando mi hijo descendió a la sombra.

Los guerreros sabotearon su canto con finas adargas.  
Se divertieron apuñalando su cuerpo de seda  
hasta volverlo pasta de gusanos.

Hoy se descuelgan de mis pesadillas las arañas que tanto le aterraban.

Exprimiré el fruto que germinó a contrapelo de los asesinatos  
para hacer que goteen las respuestas.

Diosa Inanna:

No detengas el cauce del Éufrates ni oscurezcas desiertos.  
No apuñales la región sagrada de la flor del higo  
ni armonices mi canto al aullido de fieras.

Hoy me yergo verdosa de venganza en el país de los dos ríos.

Retrasa el Diluvio  
para que el reino de Ur y la ciudad de Erech todavía no sucumban  
mientras no desterremos a los usurpadores y sus hienas.

El plañir de un cuerno de carnero avisó el final de la batalla  
mientras aves nocturnas picoteaban la nuez donde dormía el  
destino de mi pueblo.

Supliqué a la muerte que aún no nos llevara al país de los  
desencarnados  
ni quemara mis ojos de papel  
ni vistiera de llamas los papiros.  
Después de la derrota  
el viento se desvió por no sobrevolar el río de los dolores.

Cantan los búhos plegarias secas.  
Cada nota se hechiza de silencio  
envolviéndonos en los rojos más sangrientos del alba.

Ur de Caldea me acuna entre sus garras,  
con su lengua quema heridas.

No me ama,  
me retuerce como anillo de fuego.

Ur me parió y me ha enterrado en la fosa común de los malditos.



Pensé que mi destino de urraca en la copa de las datileras  
tendría el color de Dios,  
pero pasan inviernos,  
reverdece la higuera,  
se craquelan mis huellas.

Las derrotas del ejército me vuelven ermitaña  
que aúlla un canto melismático  
cada vez que presencio muertes frescas.

¿De dónde vendrá la salvación de mi pueblo?

¿Quién nos devolverá la luz de las auroras?

Los aliados llegaron tarde a defender trincheras  
mientras las catapultas estremecían el reposo de ancianos.

Escudriño los cielos.

Si fuera posible conjurar la invasión con mi pértiga de bambú,  
pero mi cuerpo se vuelve cubo de hastío  
cuando penetro en el vestíbulo del amanecer.

Era necesario que las últimas cenizas de nuestros muertos se  
dispersaran  
un poco antes de la luna nueva  
mientras los coatis de grandes ojos arañaban insomnios.

Mi castillo interior sigue en penumbra aunque las oraciones  
iluminen antros  
donde soy testigo de la decrepitud del perdón.

Pronto vendrá el Diluvio y escanciará estrellas en las bocas de los  
desaparecidos.

Las hilanderas pusieron en mis manos filamentos de luz.

Pedaleaba por horas mi hermosa rueca  
y el ruido de los carros,  
los chillidos de águilas, la música de flautas  
se amortiguaban debajo del tejado de boj  
en la sombra vertical del medio día.

Contra oscuros presagios puse en mi rueca vendas con poderosos  
signos:

los magos leían en las aguas que malos tiempos se acercaban a Ur.

Cada giro de la manivela era un tiempo sin juegos.  
Hilar desvanecía a mis hermanas,  
la mejor forma de esquivar sus burlas  
y no caer al foso donde tascarían mi estulticia.

Enclaustrada en la torre también perdí crepúsculos.  
Huía de las fiestas para no ver vinagre y áspid junto a panes y vino.  
Las cráteras contenían un remedo de fiesta

y los amaneceres, amantes de oxidada armadura.  
Fui desde aquellos días la escuálida princesa que acunaba  
cadáveres destinados a la fosa común.

Elas mantienen cerrados los arcones donde la vida aguarda.

Coleccionan tablillas en que apuntan faenas simples.

No saben de la oscura picadura del áspid  
ni la tormenta que decanta en la noche abisal.

No han sido compañía de arpas ni rosas,  
tampoco ágatas iluminando rostros  
ni cuencos de arcilla para nuevas palabras.

Sólo polvillo frío cayendo en los ropajes,  
aturdiendo mi verbo,  
volviendo herrumbre nuestra misma sangre.

En mi diversión atrapé  
un león feroz de la llanura por sus orejas.  
Con la ayuda de Asur e Ishtar  
atravesé su cuerpo con mi lanza.

ASURBANIPAL

De niña supe que los primeros hombres se convirtieron en peces  
por soberbios.

En sus ovas revoloteaba la primera maldición  
y sus branquias silbaban crípticas melodías.

Sobre los frisos miraba ciervos y jabalís martirizados.  
Los cazadores nunca reconocieron en los ojos de las bestias la  
virgen luz,  
un fuego humilde como el de los hornillos del hogar que se  
encienden de noche para entibiar el alma.

Ahora que desde el terraplén oteo los cadáveres al fin de la cacería  
despierta Leviatán en cada lanza.

### Los he visto

agazapados tras los ramos de lumbre,  
merodeando las fosas de la muerte,  
buscando agujas en el pajar del miedo.

Los he visto llevarse hasta la boca  
alacranes, mandrágoras, suspiros,  
despellejar el alarido de las pesadillas.

Y van rumiando sus amargas yerbas,  
regalando favores que nadie ha pedido,  
sembrando pepitas de oro en corazones muertos.

Debo destejarme de los días aciagos y ungirme con savia  
de palmera  
antes de que el Diluvio resquebraje mis obras.

Paseo por los jardines buscando un amuleto para los malos  
tiempos.

La sangre enemiga reverbera en las fuentes.  
Mi infantería es burbuja que colapsa.

Atisbo la muralla herida por los arietes,  
telón de fondo de mis peores sueños  
donde el mal augurio se lía a mi paz.

La violencia cabalga en la piel de los niños.

Somos herederos del viento  
polinizando mandrágoras que crecen en las esquinas del pavor.



### Cuando muera

recíbeme en tus sueños con amabilidad.  
No me cierres las puertas y pon manteles largos  
el día que te acaricie con mis dedos de niebla  
y mi voz en susurro.

Porque un día he de morir de forma intempestiva,  
sin largas peroratas ni epílogos inútiles.  
Y me iré de este mundo sin vestuario ni libros,  
con agujas vacías de labores,  
gobelinos a medio terminar,  
palabras descosiendo oraciones.

Recíbeme en la transparencia de tu silencio,  
las horas que ocupes para crear canciones.  
Quiero impregnarte de ingravidas palabras.

Cuando muera recítame oraciones  
que otorguen paz a los juegos de lumbre que me atizan,  
la paz que no gané por fraguar una guerra ficticia contra el mundo.

Yo te estaré esperando en mi tiempo infinito  
para charlar de gatos, del dios Gilmur,  
de nociones antiguas de la tierra de Abraham,  
de tus viajes al centro del asombro.

Acuérdate de Ítaca y el retorno imposible que nos convierte en  
trágicos danzantes,  
parejas escindidas en un baile tristísimo  
alrededor de un fuego, un padre o un silencio.  
Acuérdate de lo difícil que es hallar caminos de regreso.

Por eso, cuando muera,  
recíbeme en tus sueños sin lágrimas, sin hachas, sin lobos.

No volveré a inclinarme delante de reyes extranjeros.

Sus báculos son pobre carrizo.

No abriré el pórtico a los niños que encienden las mañanas  
con sus manos de luz.

Sacudiré de mi túnica moribundas flores de loto.

Llevo como cangrejo ermitaño mi casa de sospechas  
donde no habita el anuncio de una tregua.

Como hicieron con Ur los elamitas asediaré los pueblos enemigos.  
Me volveré lamassu con la cabeza astada para embestir traiciones.

Sólo arañas de rojísimos ojos urden venganza  
cuando hilo la mejor estrategia contra las emboscadas.

Llevo sobre los hombros un cadáver de oveja que no me cura el frío.

Bajo la luna roja el viento cristaliza oyameles.  
Soy enebro que ansía la cúspide,  
pero los vientos alisios me lo impiden.

No la invasión a mi ciudad o el saqueo de la paz  
no el furtivo arañazo del mundo o el grito de los desplazados,  
tampoco siniestra sombra calentando el tedio de los días,  
sino la fatalidad de ver morir a los míos en tierras donde antes  
    crecía el trigo  
me negará la cumbre,  
la compañía anhelada de los robles sagrados:  
vigías que atestiguan la imperfección del mundo.

### Volveré a la mudez.

Dejaré que el silencio como lobo de piedra haga de mi garganta su  
    guarida,  
que la esperanza sea barrida por vientos tormentosos  
ahora que la rueca urde el velo del llanto.

Las palabras que los dioses regalan lastiman como áspid.  
Me volveré ceniza reposando en la urna,  
muda plegaria que se abisma en sí misma.

Volver a ser río que no ha iniciado el vuelo,  
zumbido polinizando abejas,  
éxtasis de los dioses antes de pronunciarnos.

Durante siete días y siete noches  
el diluvio pasó por la tierra,  
la enorme nave fue zarandeada por  
las grandes tormentas sobre las vastas aguas.

VERSIÓN SUMERIA DE UNA TABLETA DE ARCILLA.

### Se detendrá la historia

y un cargamento de hombres y animales flotará siete días  
y no reconoceremos a nuestros ancestros, moradores de Al 'Ubaid,  
aunque después del Diluvio sus osamentas vayan a la deriva como  
eco de pérdidas  
y se confundan con los nuevos cadáveres.  
Se olvidará el paseo por las suaves colinas  
desde donde veíamos el jardín de palmeras a la orilla del Éufrates.  
Se formará un talud de ciegos ademanes suplicando a los dioses  
que salven a Lagash,  
a Erech, a Nippur, al ganado y los peces,  
al cordero de luz que bebe en nuestras manos.  
Imploraré que protejan cada rizo de la cabellera de las niñas,  
que salven la muralla, la Acrópolis de Ur,  
los zigurats sagrados que mi padre erigió.  
Y aunque se ha dicho que después del Diluvio  
la realeza descenderá de nuevo a habitar esta tierra,  
las gacelas no sabrán más de mí  
ni del lapislázuli luminoso de mi sello

ni de mis pies descendiendo escaleras  
ni del anzuelo que solté descuidada mientras me estremecía el  
roce de una mano.

Nadie sabrá de mí  
porque habré vuelto al río de los desengañados  
donde la disolvencia es galardón.

Cuando las flores del cielo empiezan a oxidarse llega el toque  
de queda.

Impertinentes langostas taladran el silencio.

Los olivos no tiemblan,  
yerguen su majestuosidad en el aire balsámico  
y salmodian certezas en cada aceituna.

Se dice que la realeza permanece intocada en sus tumbas,  
que bebe mosto de uvas y cerveza de malta,  
que las sirvientas untan la sien con perfumado aceite.

Sigo llevando un collar de preguntas,  
dudas como cervatillos alrededor de mis lamentaciones.

Soy hojuela de maná,  
pequeña palidez del alba,  
péndulo ignorando la catenaria.



¿Quién cuidará los portales que flanquearán mis muertos,  
qué garza o toro de alabastro ahuyentará de Ur al invasor?

Si los dioses otorgaran paz  
a este mundo que se repliega detrás de los silencios,  
donde combatir día y noche o asesinar niños es tarea cotidiana  
podría fertilizar los nuevos cantos, éstos que nacen al filo del dolor,  
pero quien ha husmeado cadáveres no desea más muerte.

Cuántas veces quise resucitar a mi padre cuando flotaba rumbo a  
la desmemoria,  
con qué ansiedad intenté sembrar luz en los rígidos brazos de mi hijo.

Descubrimos detrás de las horas del día  
música negra que acompaña los movimientos tercos del corazón.

¿Quién escucha en el Zigurat palabras de consuelo?

¿Quién no se angustia cuando no hay forma de volver atrás?

Las tormentas de arena sacuden el culto que leprosea a los  
antiguos pueblos.

Las hormigas deambulan por oraciones vacías de sentido.

Las armas fueron buitres sobrevolando ciudades.

Cuando la paz abandona a los pueblos  
no queda más que interrogar al dios del vacío.

La madrugada envuelve los azules en las datileras  
mientras las caballerías de guerra estremecen mis velos.

No se puede dormir por el furioso canto de cigarras  
que enciende sueños impregnados de augurios.

Cuando paseé entre búfalos olfateando la primera lluvia del verano  
volvieron las cigarras  
a enfermarme de música inquietante.

*Cigarra* se volvió aquellos meses sinónimo de intranquilidad.

Con la mirada altiva de los desposeídos

las viudas suben la escalinata del zigurat  
para inmolar el tiempo de las pérdidas.

La viudez huele a marisma,  
a pan ácimo, a túnicas de espectros.

La muerte ensombreció sus cielos y aún resguardan el pan para  
el ausente.

Llegan a la orilla del Éufrates donde flotan lamentos.

La muerte ha desovado cuarenta días con sus noches  
peces de sombra sobre mares ebrios.

Ellas avanzan con aplomo por el desierto  
para limpiar el aire quemado por los ejércitos,  
curar de adargas y jabalinas los espacios sagrados de sus padres.

*Para Lyna Eishenberg*

**Linin-sharg fue centinela de mi sombra.**

Junto a ella el tiempo fluía pausado al desgranar cebada.  
Mirábamos al sol del cenit al nadir y apenas suspirábamos.  
Linin-sharg, flor que el desierto hizo danza,  
risa decantada en jarras de oro,  
la primera alegría de los nidos ajenos.

Cuando mi sueño tiembla y aparece el espectro de la guerra  
o la mentira brilla en las palabras de los generales  
y el bombardeo se vuelve un toro intimidante  
sé que ella estará para decirme que cada paso no es sino espejismo  
porque somos los mismos aunque viajemos lejos.

**La mujer de mil llaves contempla el precipicio**

y modela un zorzal a la medida de su jardín silente.

Desmigaja su corazón sobre la aurora que no verá su amado.

Alimenta garzas que la ven desdibujarse.

La mujer de los grandes banquetes dejó secar sus manos como lajas  
mientras sus ojos gotean diamantes.

Y no aúlla

pues aprendió a cantarle al insomnio de piedra,

a las batallas con sus pesadillas,

a la muerte que llega en el momento justo.

La mujer de los árboles frutales sembró en su cuerpo los últimos  
adioses.

Como sonámbula troza raíces para empezar de nuevo

aunque él no sea testigo del incendio vespertino en las montañas

ni los sonidos del jardín sean de cristal

ni haya limoneros ni casa sobre el árbol

ni un perfume de azahares rodeando su aura

porque la mujer del jardín de bambús y demorados banquetes

entró en un escondrijo del cual nunca se sale

si no es siendo trocado en transparencia.

Dejaré mi estatuilla de oro y alabastro a los pies de Dumuzi

para que replique mi íntima plegaria hoy que perdí a mi padre.

Cuando lo proclamaron rey acuñó normas y con su sangre diseñó  
destinos.

Fui pobre barro en sus manos de artífice.

Las uvas de su sonrisa refrescaban mis noches.

Navegó el *Idiglat* oteando nubes, recibiendo mensajes del caimán  
y el leopardo.

Nunca tensó la cuerda de su arco en demasía ni su voz lastimó el  
cristal del viento.

Le gustaba cantar himnos de plata por jardines de árboles frutales  
donde me hizo descubrir de niña que los escarabajos podían ser  
piedras de luz.

No crió rruiseñores de oro ni edificó palacios de humo.

Escribía las minucias del alba,

la música de la gente sonriente,

la melopea del carrizal cuando el viento del sur llega a palacio.

No un habitante de los marjales construyendo chozas de junco  
ni el estadista obsesionado por subyugar a pueblos,

mi padre fue el labriego de sencillos afanes,  
el único pastor que compartió el aprisco con los lobos,  
el necesario báculo para cruzar desiertos.

Dejaré mi estatuilla de oro y alabastro  
y pediré a los dioses que protejan el resplandor de sus ejemplos.



La diosa lunar dejó caer su furia como pañuelo rojo  
cuando los templos fueron arrasados.

Brazaletes de oro y amatista adornan mis brazos  
que no sostienen más la cabeza del rey.

Tras la derrota los corazones enjuagan la tristeza en el vino  
con menta.

La noche entra por los portones a empozarse en los ojos  
y aunque fui reina de la ciudad bendecida por Nanna-Sin  
hoy mis huellas despiden rancio aroma.

Los arqueros fortificaron las plazas mientras otros saqueaban  
las ciudades.

Con alas abatidas los moribundos se arrastraron por tierra  
y las madres cubrieron a sus hijas como amorosa lama.

Cruzaré en barco de alta proa los hemisferios lúgubres de  
próximas derrotas  
ya que la muerte llega como enjambre de langostas.

Mi rueca, cínico gato que avenó mi muerte.

La memoria, fermento de abandonos.

Los ojos, roquedal donde anidan los fantasmas.

Después de los instantes ganados al olvido  
queda llorar la vida por todos los rincones que apestamos,  
cardar las sombras con miserables hilos de esperanza,  
cincelar rosas con manos de estilete.

De los Montes Zagros iré al lecho del mar  
a conseguir la planta que nos vuelve inmortales.

Seré aceite que unja el sueño de los caídos en batalla,  
barca de junco desafiando imperios,  
ábaco que compute sólo tiempos de paz.

Una yegua sobre la niebla roja de mi cama  
relincha adioses.

Zarparon los placeres  
y aunque aviente nueve anclas y asegure el amarre  
cada grano de la clepsidra me arrastrará a la muerte.

Condenada a ser eterna  
cruza mi vida el ojo de una aguja y me vuelve camello de diamante.

Conté mis últimos días como piedras de jade rodando a mis pies.

Perdí las perlas de las sonrisas por corredores negros  
mientras sufrían los pueblos en guerra.

Ya mis nudosos dedos no pueden ungir al cachorro del hombre.

Sobre la rueca fértil fui tejiendo el sosegado manto de la tarde.

Evoco las noches en que la luna llena era el cráneo más pálido,  
el más hipnótico,

suspendido de los cuernos de El Carnero.

Abandono la biblioteca de cilindros y prismas sin mirar hacia atrás.

Remendaré la sombra del torreón cuando los niños de Ur

se queden quietos al borde del abismo

siguiendo con la vista a las hormigas rumbo al reino de la muerte.

Si escribiera todo lo que he visto

condenaría estas tierras que ahora saben a sangre

y aunque mi aullido gire en espiral

alrededor de los sagrados montículos en ruinas

no podré detener el instante que me convertirá en heredera

del polvo.

Desenredo una a una mis arrugas,

las voy tejiendo en la rama del día que aún tiembla.

Camino sobre arena hundiendo los pies

para no olvidar que crucé estas tierras creyendo en la piedad.

Quedan lejos los días aciagos,

el talego de lágrimas,

el zapapico que avenó temores,

las sombras que apestan el envés de los cuerpos.

Y aunque fui madre de amarga leche

mi vientre aún no olvida el dulce peso.

El horizonte felinea su curvatura

mientras tanteo con mis tentáculos las nuevas llagas.

Doy vuelta a la rueca.

Gime.

Ya no puedo erguir mi esqueleto vencido por los años.

Soy la ermitaña que atesora fósiles de una historia siniestra.

¡Oh, reina, cómo te ha llevado tu corazón,  
cómo puedes sobrevivir...!

LAMENTACIÓN DIRIGIDA A LA DIOSA NIN-GAL

Me alejé de palacio cuando los odres plenos de aromático vino  
habían sido escanciados por demonios.

Me sumergí en un juncal donde los númenes tienden su mudez  
luminosa.

Transformé mis pisadas en raíces y urdí los hilos del alba.

Con virgen lino fui cubriendo kilómetros de llanto,  
grandes llanuras donde las vacas rumian el sol de media tarde,  
ríos donde los dioses nacen hermafroditas.

Vendrá el Diluvio y con él la profecía cumplida  
mas la rueca se volvió roca.

Mis manos ya no pueden tejer ni los silencios.

Suspendo mi labor y me integro a los rizos de la muerte  
permaneciendo en la forma fatal de la heroína de una historia que  
se ha paralizado.

Vendrá la lluvia a desanudar la trama perversa que los hombres  
tejimos.

Y después del Diluvio,  
después de que los tejedores, las panderetas y la cebada gorgoteen  
perlas de luz,  
después de que se deshagan figurillas de terracota y templos,  
tablillas con mensajes violentos  
cuando la Acrópolis de Ur se vuelva una burbuja flotando en  
el océano  
y los dioses ahoguen a los que hurtaron el fuego sagrado,  
cuando el lápiz no delinee ojos de hetairas  
o el arpa con cabeza de toro no vuelva a ser remanso  
ni los escribas vean flotar sus mensajes sobre silentes olas,  
cuando los cofres sucumban como barcas de pan,  
después de que los puñales, las lanzas, los escudos  
desaparezcan bajo las tempestades,  
cuando ningún barco, animal o palabra sobreviva  
no quedarán brazos para flechar desastres  
ni gritería de heridos que ilumine infiernos  
porque los carros de guerra y las falanges del ejército real  
sosteniendo sus hachas

serán tragados por las aguas  
al igual que las hondas y adargas del cobarde  
y los escudos rotos o los yelmos del paria  
y cuando acabe la desastrosa lluvia y acrisole el mundo de  
    los hombres  
la tierra volverá a ser cachorro en brazos de la paz.





SÓLO LAS FIERAS PLAÑIRÁN POR TI



Amado mío, duerme en nuestra casa hasta el alba...  
Dame, te lo suplico, tus caricias...

POEMA DE UNA NOVIA RITUAL SUMERIA

### Para conjurar nuestras soledades

creaste canciones con textos olvidados.

El liquidámbar que te di fue el mismo al paso de los tiempos.

Te prometí que blanquearía tu falda de cordero

y puliría tus venablos para hacerte invencible en las campañas  
contra los elamitas.

Juré que arrancaría las hojas del árbol de la muerte si te pusiera  
en peligro.

Evitemos ser parias lamiéndose la herida,  
raspándose la piel por su lepra de diablo,  
apestando ciudades con el odio.

Se nombraba Misterio y con su flauta rompía la certeza.

Sus tigres se llaman perfección.

Con la pluma de plata firmó textos sagrados  
después de que lloviera oro sobre nuestras palabras.

Me quedé con sus monstruos marinos,  
con el casco ceremonial que lo distinguía de la multitud,  
con astrolabios que calculaban la ruta hacia el nadir.

El día hacía sonar panderos y arpas  
mientras la piel azul de sus promesas se convertía en lágrimas.

Se nombraba Misterio y un día se ahogó en el vaso de su inútil  
saber.

Me llamas con una voz que recuerda a los cedros ahitos de aves.

La distancia fue ramaje de relámpagos,  
un escalofrío que colapsó.

¿Dónde van a cobijarse los ermitaños de sal sino en nuestras  
tristezas?

¿Dónde caerá la arena blanca de los blandos relojes?

No es la incertidumbre la que hierde como fino estilete,  
sino el demonio que vive en el jardín de tu sonrisa.

Cruzas las coordenadas del silencio mientras germinan los nautilus.

Tu espíritu es una fórmula donde el error absoluto se ha corregido.

Rupestre de crepúsculos me asomo a los espejos.

Sumerjo tréboles en agua de lluvia para ahogar la suerte,

hago libaciones a la diosa lunar,

convierto en ovillo al miedo.

Seré pálido alumbre cuando regreses

después de sitiar tribus refugiadas en las montañas.

A-bar-gui entró al corazón de Ereshigal para enfrentarse a  
la melancolía  
y anidó en las esquinas del espejo espiando a la muerte.

Vertía lágrimas para crear luciérnagas,  
estudiaba los cielos de mi verbo con astrolabios de oro.  
Levitó sobre ráfagas de música  
y pulió a contraluz del cuervo una magia abismal.

Sabe que el amor es cáliz de imposibles.  
Por eso sella sus labios y dibuja mapas  
que conducen hacia los verdaderos paraísos.



Pero no soy nada hasta que  
ella me amasa con sus dedos.

BRENDAN KENNELLY

Cuelgo sus promesas sobre la nueva rama de los sauces  
porque tomé su espíritu para amasarlo delicadamente,  
ahumarlo con mirra,  
desmoronarlo sobre limpios manteles.

El pan que le ofrecí lo cociné en el horno del silencio  
cuando me desataba las trenzas hechas hueso.

Perdí el tiempo criando patos salvajes mientras él retornaba.

La Señora del Abismo hace sonar su cuerno  
sobre los sauces donde atisbo como vieja urraca lo que nunca será.

El héroe de la buena tierra me prometió la paz.

Declaró que enviaría palomas para hacer habitable mi última casa.  
Prometió pintar de plata mis manos cuando me hundiera en el  
lóbrego silencio.

Mientras retorna a cumplir sus promesas  
ensartaré cuentas de cornalina  
bajo el dorado dosel celeste de la ciudad sagrada de Eridú.

Si no regresa  
nadie vuelva a nombrarme los placeres,  
escamas que lastiman mi reposo.

¿De dónde llegan las palomas que ensombrecen el tálamo  
mortuario?

Mi corazón, necio borrego, pasta en la sangre negra.

Bajo la lengua de los árboles la luna evita ser descifrada  
mientras libero demonios en el aire quieto.

¿Dónde fuiste a buscar tálamos que moldearon traición?  
¿En qué iris se reflejó tu lengua?

La partitura de las constelaciones alumbró mi paciencia  
cuando estuve esperándote cuarenta noches con sus días  
en la torre escalonada como grifo de estaño bebiendo muerte.

Caerán los alfileres del vestido

y mi cuerpo será arcón que guarde los aromas a nuez de tu barba.

Mi muralla interior ha sido herida por el ariete del rey de Nippur.

Quien mira el abismo en unos ojos

descubre golondrinas rozando suavidades como flechas de vértigo.

En la última habitación de la sangre,  
cuando la luna enmudece junto al pato salvaje,  
en esos días en que todo se arrastra sobre los baldosines  
y no hay aguja que perfore agravios  
la araña madre produce la mejor seda.

Con paciencia de orfebre hila su red.  
Filamentos de muerte apenas tiemblan.  
Su sangre urde la geometría del acoso.  
Las patas rasgan con paciencia a la víctima  
cuando la oscuridad se vuelve impenetrable.

Amanezco junto a un cadáver liado a mi seda virgen.

No cederé a la tentación de convertirme en ánfora de vino para tus  
bellos labios  
ni en aceite de cedro que perfume tu nuca.  
Tampoco seré bálsamo que sane tus heridas recibidas en campos  
de batalla.  
No quiero para mí diamantes ni subir a tu lado el zigurat  
de Marduk.

Lo único que pido a los piadosos dioses  
es olvidar que un día me calenté al abrigo de tus primeros fuegos,  
que depuse las armas para dejarte conquistar  
no el codiciable imperio de Sargón,  
sino el paraíso descubierto con los ojos cerrados  
cuando florecíamos como nísperos en camas de marfil.

Las granadas brillan de felicidad en mi jardín  
como estrellas en el cielo.

ASURNASIPAL, REY DE NIMRUD

Ur no será Babilonia,

pero mi amado construyó jardines para deleite de mis tristes ojos.  
Compiten en lentitud la floración de azucenas y acis.  
En las fuentes de alabastro arde el azafrán con el fuego del alba  
y el perfume de las rosas embalsama misterios.

Quiero apagar el sol, los nogales y almendros,  
descender de puntillas hasta donde duerme la primera alegría  
porque la vida pesa como templo.

A-bar-gui diseñó estos jardines para salvarme de la melancolía,  
mas yo sigo bajando peldaño tras peldaño  
hasta besar la calavera de los celos.

### Al amparo de un sauce

picamos las migajas de los últimos fuegos  
y la caridad que nos hizo criaturas bondadosas.

La última noche el exceso nos condujo al desorden  
y destruimos los mapas de la certidumbre.

Y aunque hoy extrañe dormir al abrigo de un hombre  
y las lámparas de oro se estremezcan alumbrando siluetas  
en danza  
no dejaré de alimentar mi rueca con la savia de mis soledades.

Un día podré reunirme con mis muertos cuando acabe de hilar  
la epopeya del amante soberbio.



### Igual que el dios Belo

pediré que me corten la cabeza para inundar de sangre el solar  
enemigo.

No quiero manos calizas por la ausencia ni lágrimas que cuezan  
los insomnios.

El hombre que fue amado por cada caracol de mis cabellos  
desechó los estanques del jardín y sembró monstruos,  
hendió clavos de cobre en mi sien,  
hizo a los perros husmear mi desencanto.

Hoy sólo imploro a Inanna  
ser abismo que trague a quien descamó mi paz.

Prometió cerrarme los ojos,  
decorar mis muslos con sus besos,  
ponerme la peineta para entrar al mundo de los descarnados.

Me secó el corazón con su abandono.  
Ahora la lluvia es mortaja para la soledad.

Disolveré en la boca los amargos terrones  
hoy que el rey caza ajenos éxtasis.

Ahogaré los sueños que aún amargan la lengua  
y me ataré alas de pordiosera  
aunque no pueda huir de estas prisiones.

Quitaste clavo a clavo el silencio que demoraba su estancia en  
mi ataúd,  
sacaste brillo a mis pupilas que yacían empolvadas,  
amarraste mis gritos que perturbaban a otros muertos.

Cuando te fuiste  
reescribí mi epitafio con los enigmas que germinaron  
a la luz del croar de las estrellas.

¿Por qué me convertiste en estatua de sal,  
en leprosario de sueños siniestros?

Rasgué mi corazón y entró la danza macabra.

Un día escaparé de este obligado encierro y pasearé por las calles  
sin otra ocupación más que mirar lo que quedó de Ur y los viejos  
imperios.



SE DETIENE LA RUECA



Sólo los dioses viven eternamente al lado del sol.  
Los hombres tienen contados sus días.  
Todo lo que hacen no es más que viento.

LA EPOPEYA DE GILGAMESH

Como pasan los latidos de vuestro corazón,  
así pasa en el infinito la vida de los hombres.

EL LIBRO DE LA VIDA VERDADERA





Como crecen las uñas de los muertos entro en las estancias de  
la inmovilidad.

Me sacudo malos sueños y quedo virgen para el desamparo.  
Como navaja que corta el cristalino me abro paso por entre  
las tinieblas.

Abandoné el olivo,  
las tormentas de arena y la luz de la aurora  
para presenciar mis bodas con la muerte.

En la última hora  
cuando todos se han ido y una canción tristísima nos lame  
muere la estrella Vega que podría orientarnos  
y es necesario alargar la raíz hacia los sueños diurnos.

A la hora de atravesar el vestíbulo de la nada  
desconocemos el verdadero nombre de Dios:  
fruto en torno al cual todo gravita.

Nacer es ir tejiendo nuestras alas,  
bruñir los cuernos para enfrentar las pérdidas,  
alargar los tentáculos hasta el abecedario del dolor,  
entrar al sueño para nombrar asombros.

Morir es calcar nuestro esqueleto sobre el buitre que fuimos,  
amurallar el beso, volver piedra las manos.

Resuena el llanto en la catacumba.  
Las sirvientas azules como insomnes higueras  
alivian mi estupor.

Fue en la muerte donde enjaulé el orgullo,  
bajo el dintel donde el cuervo se posa.

Morir es escanciar nuestro licor de hueso,  
olvidar las clepsidras,  
depositar en el féretro la nada.

Hubo un tiempo en que los cristales del cielo y de las aguas  
me reflejaban,  
tiempo de suavidad, de vuelos de cigüeñas  
tiempo de prosternarse bajo el ojo de Dios.

Mas llegó el enemigo y arrancó las pieles de la fiesta  
y la intemperie se volvió el hogar  
y los gusanos conquistaron los sueños de los niños.

Se afligió la ciudad.  
Nunca más volvimos a estar serenos  
y aunque el alba ilumine algunas ruinas  
la guerra marca sus territorios con lápidas de armiño  
y nos guía al pesebre donde yace el encanto.

La muerte llega como una invitación a atravesar los pórticos  
y no volver al campo de batalla donde acecha el jabalí.

Bebí despacio el tósigo que me hizo recuperar  
el tiempo en que mi padre me conducía de la mano por el mundo.

Después del rito de purificación  
donde lavé mi cuerpo con raíz de maná y peras secas  
entré al recinto del silencio  
el día en que todo me volvió la espalda amablemente.

### Ahora que he muerto

recuéstenme de lado como niña dormida.

Cuando entren las aguas del Diluvio hasta las tumbas reales  
seré barco en la ciénaga,  
plañidera aturdiendo a los muertos,  
escriba tembloroso ante el vacío,  
leopardo borroneando la historia de sus manchas.

Transportarme a Dilmun donde no se envejece,

saborear la vida como tarta de fruta

y volver a pasear por los cañaverales

cuando el crepúsculo humedece en el río sus patas de carabao.

Olvidar mi nombre,

libar vino de dátiles,

curar mis ojos de visiones de guerra.

El tiempo ajó mi túnica y el escorpión fue presencia inquietante.

No discutiré con los dioses que nos hayan moldeado con

caprichosa arcilla

y seamos animales de alianzas ventajosas.

Sólo somos brotes de arroz entre sus manos.

Volví al tiempo en que nada dolía,  
cuando las madres nos tapaban los ojos para impedirnos ver a  
los leprosos,  
cuando ahítos de paciencia mirábamos crecer el cilantro.

Ahora no puedo escalar hasta la primavera.

Desde la tumba rastrillo los nombres del fracaso,  
el gesto del verdugo que agrió el aire de estas tierras,  
los ayes de los heridos agusanando auroras,  
la estridencia de las catapultas que nos obligó a vociferar.

Al aire mórbido del desierto  
los desplazados arrebatan un instante de tregua  
y tercios vigilan sus manos a la espera de un cambio de destino.



### Después de los ataques del ejército de Simash

cuando el grito de las doncellas ennegreció el oro,  
después de las faenas en mi rueca  
cuando el presagio del Diluvio se volvió cuento de ancianas  
morí con la certeza de que un día abatirían a Ur de Caldea.

Los cabezas negras salvarán los huesos de mis antepasados  
y la soldadesca padecerá derrotas como trigo enfermizo.

Los clavos de oro de mi arpa quedarán intocados  
mas no el lamento de niñas mutiladas.

No podré regresar a atarles las sandalias  
ahora que floto en el aliento de mis ancestros  
a pesar de la música que brindo al dios del Abismo.

Crucé las siete puertas del palacio para llegar a la profunda tierra.

Mientras escucho la danza del agua subterránea  
borro tatuajes y clausuro mi íntimo diluvio.

Aquí el silencio duele menos que la pérdida de todos los imperios.

Convierto en lobo letanías de lamentos  
mientras la muerte espía mi desintegración.

No es la vida que muere,

la muerte es quien trama el juego de las desapariciones.

¿Y el lenguaje que sirvió para nombrar los cacharros del vacío?

Nada tiene conciencia de sí mismo hasta que no lo nombran.

Pero el lenguaje engaña porque no eres quien dices.

Sólo somos orquídeas despertando de un sueño.

Tuve una vez un hijo que se mecía en la indiferencia.

Caminó por la vida delineando la silueta de mis lamentos,  
amistándose con los hurones,  
conociendo el envés de las sorpresas.

Aspiraba los aires del peral y el durazno,  
el hastío de las tardes,  
la sinrazón y el ocio.

Nunca llegó al final de ninguna escalera  
ni terminó de crear sus aves.  
Buscaba en secreto la mítica Sildavia.

Sólo encontró la paz  
después de hervir fantasmas en aquella casona de pesadilla  
y descender al abismo del gigante Humbaba  
a enloquecer el bosque de los cedros.

No he muerto del todo.

Aún escucho caer gotas de luna y percibo el vaivén de las palmeras  
de dátiles.

Los graznidos de las evocaciones me enloquecen.

En mis visitas frecuentes a la ciudad de Eridu  
rumiaba la pacífica existencia de las vaquillas  
respirando los juncos o el peral.

Decían que el Diluvio tragaría lo visible  
cuando criáramos el horror en la cesta del sueño.

Por eso escudriñé lo que iba a esfumarse:

la melena del león,

la estela que dibujan los patos,

el baile impredecible de libélulas,

el mugido de las aguas,

el rizo del cilantro.

Ahora que he bajado a los reinos de Ea, el Señor de las aguas  
del abismo,

que llegue el Diluvio y borre el alfabeto de la necedad,

el ataque del que ama,  
la hueca ceremonia de las sacerdotisas,  
la mentida belleza de los tronos.

Que venga el Diluvio como dios empeñado en ahogarnos de luz.



# EPÍLOGO

*NON OMNIS MORIAR\**





### La Reina de Ur ancló en la tierra insomne.

Hirvió su nombre hasta volverlo blanco  
y entró al eterno sueño.

Cuando A-bar-gui regrese no podrá hallarla.  
Exhumará una sombra,  
una corona de oro sobre un cráneo,  
sólo aliento de cipreses y sauces.

Quien se acerque a Shub-ad  
hallará destruidos los aparejos reales,  
la flauta ritual partida en dos,  
collares de lapislázuli rodando por escalas de mármol,  
anzuelos que sirvieron para pescar insomnios.

No somos más que corteza y hojas  
del suave cuerpo de la Necesidad.

---

\* “No moriré del todo”.



# Índice

7 *Liminar*

## CÁUSTICA URDIMBRE

- 11 Navegaré muy lento en el silencio: pátina suave en mi piel...
- 12 Bajo la celosía de oraciones...
- 14 ¿Para qué atesorar collares de ágata...
- 15 La noche libera jaulas...
- 16 Hoy los gatos han vuelto a vestirse de leche...
- 17 Debo librarme de los remordimientos...
- 18 Me volví fuente de zarza y yedra...
- 19 Diosa Inanna...
- 20 El plañir de un cuerno de carnero avisó el final de la batalla...
- 21 Ur de Caldea me acuna entre sus garras...
- 22 Pensé que mi destino de urraca en la copa de las datileras...
- 23 ¿De dónde vendrá la salvación de mi pueblo?...
- 24 Las hilanderas pusieron en mis manos filamentos de luz...
- 26 Ellas mantienen cerrados los arcones donde la vida aguarda...
- 27 De niña supe que los primeros hombres se convirtieron en peces...
- 28 Los he visto...
- 29 Debo destejerme de los días aciagos y ungirme con savia...
- 30 Cuando muera...
- 32 No volveré a inclinarme delante de reyes extranjeros...
- 33 Llevo sobre los hombros un cadáver de oveja que no me cura el frío...
- 34 Volveré a la mudez...

- 35 Se detendrá la historia...
- 37 Cuando las flores del cielo empiezan a oxidarse llega el toque...
- 38 ¿Quién cuidará los portales que flanquearán mis muertos...
- 39 ¿Quién escucha en el Zigurat palabras de consuelo?...
- 40 La madrugada envuelve los azules en las datileras...
- 41 Con la mirada altiva de los desposeídos...
- 42 Linin-sharg fue centinela de mi sombra...
- 43 La mujer de mil llaves contempla el precipicio...
- 44 Dejaré mi estatuilla de oro y alabastro a los pies de Dumuzi...
- 46 La diosa lunar dejó caer su furia como pañuelo rojo...
- 47 Mi rueca, cínico gato que avenó mi muerte...
- 48 Una yegua sobre la niebla roja de mi cama...
- 49 Conté mis últimos días como piedras de jade rodando a mis pies...
- 50 Desenredo una a una mis arrugas...
- 51 Me alejé de palacio cuando los odres plenos de aromático vino...
- 52 Vendrá la lluvia a desanudar la trama perversa que los hombres...

## SÓLO LAS FIERAS PLAÑIRÁN POR TI

- 57 Para conjurar nuestras soledades...
- 58 Se nombraba Misterio y con su flauta rompía la certeza...
- 59 Me llamas con una voz que recuerda a los cedros ahitos de aves...
- 60 Cruzas las coordenadas del silencio mientras germinan los nautilus...
- 61 A-bar-gui entró al corazón de Ereshigal para enfrentarse a...
- 62 Cuelgo sus promesas sobre la nueva rama de los sauces...
- 63 El héroe de la buena tierra me prometió la paz...
- 64 ¿De dónde llegan las palomas que ensombrecen el tálamo...
- 65 Caerán los alfileres del vestido...

- 66 En la última habitación de la sangre...
- 67 No cederé a la tentación de convertirme en ánfora de vino para tus...
- 68 Ur no será Babilonia...
- 69 Al amparo de un sauce...
- 70 Igual que el dios Belo...
- 71 Prometió cerrarme los ojos...
- 72 Quitaste clavo a clavo el silencio que demoraba su estancia en...
- 73 ¿Por qué me convertiste en estatua de sal...

## SE DETIENE LA RUECA

- 79 Como crecen las uñas de los muertos entro en las estancias de...
- 80 Nacer es ir tejiendo nuestras alas...
- 81 Hubo un tiempo en que los cristales del cielo y de las aguas...
- 82 La muerte llega como una invitación a atravesar los pórticos...
- 83 Ahora que he muerto...
- 84 Transportarme a Dilmun donde no se envejece...
- 85 Volví al tiempo en que nada dolía...
- 86 Después de los ataques del ejército de Simash...
- 87 Crucé las siete puertas del palacio para llegar a la profunda tierra...
- 88 No es la vida que muere...
- 89 Tuve una vez un hijo que se mecía en la indiferencia...
- 90 No he muerto del todo...

## EPÍLOGO. *NON OMNIS MORIAR*

- 95 La Reina de Ur ancló en la tierra insomne...



*La rueda inmóvil de la ermitaña,*

de Lizbeth Padilla, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos Graffia Diseño, ubicados en Leona Vicario 1330-1, Exhacienda La Purísima, Metepec, Estado de México, C. P. 52156. El tiraje consta de 500 ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación, diseño, portada y supervisión en imprenta: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Silvia Palma Vallejo y la autora.  
Editor responsable: Félix Suárez.





